

RESULTADO DE LA CONFERENCIA DE ALTO NIVEL

El resultado de la última conferencia en la cumbre en París ha sido positivamente el más beneficioso para el mundo occidental que hubiera sido posible imaginar. Esta afirmación podrá parecer en principio un poco sorprendente, ya que, en realidad, la conferencia no llegó a celebrarse. Pero si no se celebró en sentido formal, de hecho se encontraron los cuatro grandes, y por primera vez, desde que el mundo occidental se plegó al juego soviético de las conferencias en la cumbre, esta reunión no ha significado un claro retroceso occidental y una mejora de las posiciones del mundo soviético. Recuérdense los resultados de las conferencias de Casablanca, El Cairo, Teherán, Quebec y Yalta, en las que fueron proporcionalmente sentándose las bases del actual poderío soviético, entregándole la tercera parte de Europa, abriendo directamente las puertas de Asia al comunismo con la traición a la China nacional, y convirtiendo en definitiva a la U. R. S. S. en el único vencedor absoluto de la contienda.

Esta última conferencia de París, al menos, ha tenido la ventaja de haberse visto obligado en ella el comunismo a desenmascarar su juego. Ello no significa que la situación haya variado en cuanto al fondo, sino simplemente que se ha puesto claramente de manifiesto la realidad de dicha situación. El proceso sigue su curso normal, el único que podía lógicamente seguir. Del hecho de que al fin haya brotado—y en forma espectacular—en la superficie, una realidad que no dejaba de estar ahí porque no quisiéramos verla, es una gran ventaja. Ahora, al menos, existe una esperanza de que pueda iniciarse el tratamiento adecuado de esa realidad. Con el tratamiento de antes lo único a decidir era la fecha exacta del enterramiento del mundo occidental profetizado por Jruschef. Por primera vez en la historia de estas tristes conferencias en la cumbre los occidentales no han cedido ahora en París ninguna nueva posición. Cabe pensar que a pesar de la maestría con que es calculada cada una de sus jugadas por los dirigentes

soviéticos y la improvisación que caracteriza cada una de las respuestas occidentales—no en balde se ha comparado tantas veces la pugna Este-Oeste a la de un profesional contra un amateur—, por primera vez los comunistas han hecho una falsa jugada. ¿Han sobrevalorado quizá sus cartas? El hecho fué que los occidentales no cedieron ante el brutal chantaje de Jruschef; ésta es la primera «victoria» que han alcanzado en toda su lamentable trayectoria de conferencias en la cumbre.

Los aliados no tuvieron en cuenta, cuando la emprendieron, algunos hechos fundamentales. Que si para el mundo occidental, por ejemplo, una conferencia es un método para buscar un acuerdo sobre cuestiones en las que hay intereses contrapuestos, para los comunistas una conferencia es sólo una batalla en su guerra continua para la dominación mundial, supremo objetivo que jamás pierden de vista y al que subordinan todas sus actividades. Por eso, cuando los comunistas hablan de intercambio comercial, significan guerra comercial. Cuando hablan de intercambio cultural, quieren decir guerra psicológica, sólo diferentes aspectos, en suma, de la gran guerra política, que constituye el primer postulado del comunismo.

Por eso, también en estas conferencias con los comunistas no se trata nunca de que ellos cedan una posición, sino de que la ceda el mundo occidental. Lo único que se discute es la extensión de las retiradas occidentales que se producen inevitablemente en cada conferencia. Se habla de tensión internacional, pero no se ve que esta tensión está exclusivamente provocada por la permanente presión comunista para obtener nuevas concesiones y nuevas retiradas del mundo libre.

Nada mejor para ellos a estos efectos que la práctica propia de épocas bárbaras, de las conferencias en la cumbre, de conferencias de jefes de Estado, en las que buscan, ante todo, los comunistas, efectos publicitarios, adormecer al mundo occidental, hacerle concebir falsas ilusiones sobre la posibilidad de llegar a una auténtica coexistencia entre los dos mundos opuestos, sin necesidad de apercibirse para la defensa; retrasar en suma el rearme del mundo libre y ganar tiempo para poner el suyo a punto. Otro objetivo mira hacia el interior de su propio sistema. Se refiere a la necesidad de legitimar su poder que experimentan todos los sucesivos dictadores del régimen comunista. Este problema de la legitimación es perenne en un sistema que está llevando a cabo una revolución permanente. Al subvertir continuamente los fundamentos de la sociedad, les falta todo principio establecido al cual puedan apelar para justificar su propio poder. Pero sin tal justificación no pueden evitar la angustia ante la inseguridad

que es el destino inevitable de todos aquellos cuya posición descansa sólo sobre el poder. Stalin resolvió el problema convirtiendo el poder en terror y llevándolo hasta las últimas consecuencias, al eliminar sin piedad en brutales purgas masivas a todo el que intentó hacerle sombra. Jruschef, que ha intentado seguir otro camino ofreciendo a su pueblo un alivio de las terribles condiciones en que hasta ahora ha vivido, busca en su aceptación por los legítimos gobernantes del mundo un sustituto del inherente principio de legitimidad que le falta.

Altavoz para su propaganda; narcótico para la voluntad de resistencia del mundo libre; freno al rearme occidental; justificación de su propia legitimidad. Esos son los objetivos de los comunistas. Ya en el mundo actual se ha dicho que no es la guerra la continuación de la política con otros medios, sino la política la continuación de la guerra con otros medios. Pero antes Lenin había afirmado terminantemente que la política de un Estado comunista es la continuación de la Revolución por otros medios.

Quizá el peor síntoma dentro de la grave situación en que se encuentra Occidente no es el de la propia fuerza del enemigo que tiene enfrente, sino el de su propio debilidad. El hecho más grave es el del deseo de dejarse engañar por falta de valor para afrontar la dura realidad que él mismo se ha creado, y por ello sigue tratando continuamente de aceptar unas imágenes del mundo soviético que no tienen el menor parecido con la realidad, y siguiendo unos caminos de entendimiento con el mundo comunista, que son los mismos caminos que el mundo comunista abre para llegar con más facilidad al logro de sus fines.

El motivo de esta actitud es sólo el miedo. Después de haber creado con sus propias manos al monstruo soviético, el Occidente tiembla ante el destino que le aguarda como consecuencia de su acción. Sabe que su no resistencia a las constantes y crecientes exigencias comunistas significa la pérdida de su propio ser. Pero la otra alternativa, la de una guerra atómica, le parece igualmente demasiado espantosa para atreverse a afrontarla.

En este dilema, los neutralistas no vacilan en hacer su opción. Para ellos, las posibilidades destructivas de una guerra atómica es el argumento final. El espanto que su desencadenamiento significaría, en su opinión, sobrepasa a cualquier otro espanto. Sería el mal absoluto. En relación con él todos los demás valores de la vida cambian de significado. Están dispuestos a sacrificarlos en masa con tal de salvar la vida, calificada por ellos de único y supremo valor. Con tal de evitar el riesgo de esta para

ellos espantosa conflagración, todas las demás soluciones se las representan como el mal menor. Junto a la perspectiva de un súbito fin colectivo de la existencia no creen que ninguna distinción entre el bien y el mal tiene significación alguna.

Lo más grave de esta actitud es que no es sólo la de un individuo o grupos de individuos a los que se pudiera juzgar con mayor o menor severidad, pero en los que se pudiera esperar un momento de arrepentimiento y un retorno a la gracia. Se trata de la actitud de una sociedad. Y una sociedad que renuncia de tal modo a sus fundamentos espirituales para salvarse de un peligro físico tiene muchas menos probabilidades de salvación. El suicidio moral, la traición colectiva, deliberadamente realizada, a todo lo que ha constituido el patrimonio de valores morales de una sociedad por evitar el riesgo de la muerte física, es el síntoma de una decadencia tal que hace verdaderamente indigno continuar disfrutando de esa apariencia de vida física que quiere defender al grupo social que ha caído tan bajo.

Precisamente la muerte física es la ley de toda la existencia. Nadie escapa a ella. ¿Por qué ha de ser en definitiva más espantosa la muerte atómica que otra cualquiera? ¿Por qué el hecho de que le llegue a un gran sector de la humanidad de una vez y no en fases sucesivas, en definitiva una simple variación del ritmo de destrucción y transformación, puede significar algo tan grave que por evitarlo sea preferible la renuncia a todo valor espiritual o moral? ¿Puede representar el hecho temporal de la existencia física un valor superior a cualquier otro espiritual con aspiraciones de eternidad?

Por otra parte, la aceptación del riesgo de la guerra atómica no significa el desencadenamiento automático de la guerra. Los comunistas también la temen. Ninguna defensa efectiva contra sus riesgos existe en ninguno de los dos lados. Todas las consideraciones que se hacen los neutralistas sobre los peligros de la guerra podrían hacérselas igualmente los comunistas. Sólo que ellos están dispuestos a aceptar el riesgo. Los neutralistas del Occidente, no. Los comunistas han calculado seguramente con meticulosidad el alcance del riesgo, el precio que están dispuestos a pagar a cambio de la dominación mundial a que aspiran. Treinta, cuarenta, cien millones de muertos. No podemos saberlo. Los neutralistas occidentales no se atreven ni a examinar la cuestión. La guerra atómica sería horrorosa. Esto les basta. Entre el riesgo de la muerte física y la traición a sus valores espirituales, los neutralistas no examinan siquiera el verdadero alcance del

riesgo, la probabilidad de que se transforme en un mal cierto. Renuncian a él y recomiendan, sin vacilar, el camino de la traición.

Cierto que no todos los partidarios de la negociación a ultranza reconocen abiertamente que parten de esta postura neutralista y que sólo pretenden, en definitiva, obtener las mejores condiciones posibles de la rendición. Pretenden por todos los medios convencerse de que la negociación es una verdadera negociación, en la que los comunistas tienen tanto interés como los occidentales. En cierta medida pueden tener razón. Nadie, ni siquiera los comunistas, desean la guerra por la guerra. Lo que desean es el sometimiento de sus adversarios. Cuando afirman, una y otra vez, con machacona insistencia que ellos son amantes de la paz, no faltan enteramente a la verdad. Ya Clausewitz escribió: «Un conquistador es siempre un hombre amante de la paz; quisiera siempre entrar en el Estado vecino sin resistencia.» Y el propio Stalin en una entrevista con Wells, en 1934, declaró: «Los comunistas no idealizan en lo más mínimo la violencia. Estarían encantados de abandonar los métodos violentos si la clase dominante estuviera dispuesta a ceder voluntariamente ante la clase trabajadora». Naturalmente, la clase trabajadora no tenía nada que ver con los trabajadores; se refería sólo al partido comunista.

Este es el matiz que hasta el presente han perdido completamente de vista los occidentales en sus negociaciones con los comunistas. Han olvidado que el comunismo por su propia esencia es una doctrina dinámica que aspira a la dominación mundial. Por eso cuando los comunistas hablan de coexistencia no se refieren a un equilibrio estático entre dos sistemas que permita en ellos un desenvolvimiento pacífico de la vida, aunque con una diferente regulación en cada una de las relaciones sociales, sino a una fase inestable del proceso dinámico del comunismo hacia su última meta, la cual exige inexorablemente la desaparición del sistema rival. Jamás han renunciado ni renunciarán los comunistas a este objetivo. No pueden hacerlo sin negarse a sí mismos, a los que constituye la propia esencia de su doctrina. Lenin escribió: «Mientras existan capitalismo y socialismo, no podremos vivir en paz. Al final, uno u otro triunfará, y un canto funeral se entonará o sobre la República Soviética o sobre el capitalismo mundial.» Con esta convicción todos los actos comunistas van encaminados hacia la destrucción de su adversario, aunque según las diversas circunstancias y posibilidades a su alcance se alternen y se modifiquen los métodos de ataque. Esta es la regla primera de toda estrategia, y el comunismo, a

diferencia del mundo occidental, tiene una estrategia cuidadosamente meditada, y cada día reexaminada y revisada.

A la guerra moderna hay que mirarla, como en definitiva hicieron los romanos desde un punto de vista práctico y no heroico. Las batallas deben ser evitadas y no buscadas, y el sacrificio de vidas para conseguir con valor lo que puede ser obtenido con inteligencia es la peor de las actitudes de mando. Clausevitz escribió: «El objeto de un combate no es siempre la destrucción de las fuerzas enemigas. Su objetivo puede ser obtenido muchas veces sin combate de ninguna clase». Los soviets saben esto bien, y, por ello, tienen evidentemente, un plan estratégico para debilitar de tal modo al Occidente psicológica, económica y políticamente, a fin de que la batalla sea innecesaria. Por eso un comunista puede insistir en que su sola finalidad es la paz y creérselo él mismo. Nada alegraría más a los comunistas que una paz duradera, y éste es el objeto de su estrategia; una paz duradera en las condiciones impuestas por ellos, después que hayan llegado a la dominación mundial aplastando a sus adversarios.

* * *

El reconocimiento de estos hechos obliga necesariamente al Occidente a adoptar una estrategia defensiva. Si no la elabora y pone en práctica con la misma meticulosidad que lo hacen los comunistas, estaría irremediablemente perdido. Esto es quizá la consecuencia de la reciente trayectoria histórica.

«La primera guerra nos dió Rusia, la segunda nos dará Europa», dijo Lenin. Afirmación rigurosamente confirmada por los hechos. La primera guerra implantó el comunismo en Rusia. En la segunda guerra lo defendieron los occidentales a costa de inmensos sacrificios, logrando no sólo salvarle de una derrota inminente, sino elevarle a la categoría de único vencedor absoluto de la contienda.

Es hoy sobradamente conocida, en efecto, la forma en que se llevó a cabo la entrega al comunismo de una tercera parte de Europa y de toda China. La reducción a la impotencia de Alemania y Japón, los dos peligrosos enemigos situados en sus fronteras oriental y occidental, había sido en todo tiempo el sueño más acariciado por los zares. Jamás pudieron pensar que a su sucesor Stalin le iban a surgir unos aliados tan complacientes en el mundo occidental para, no solamente permitirle, sino ayudarle decididamente a realizar esta ambición. No sólo lo que los zares en el pasado habían

tenido que ceder al Japón en el Este y a las penetraciones germanas en el Oeste, sino una posición definitiva de seguridad en ambos confines, con el sometimiento forzoso al comunismo de todos los países de la Europa oriental, Lituania, Estonia, Letonia, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Bulgaria Hungría Albania y una tercera parte de Alemania, así como el inmenso Imperio chino en el continente asiático fué lo que los dirigentes democráticos del mundo occidental, con un plumazo, decidieron entregar al comunismo. Este fué el resultado de las sucesivas conferencias en la cumbre celebradas durante la segunda guerra. Y no conformes con haber extendido el régimen comunista por tan extensos territorios, se le entregaron además los medios de convertirs en la potencia atómica que hoy ha llegado a ser. Es difícil no pensar que todo ello no obedeciera a un plan premeditado al recordar hoy los desesperados esfuerzos que en los últimos días, y hasta horas antes de la rendición incondicional y absoluta exigida por los aliados, realizaron los alemanes para entregar a ellos solos sus ejércitos, sus instalaciones atómicas y sus expertos conocedores del importante nuevo secreto. Por una trágica ironía de la historia, ha sido el propio Eisenhower quien tan directamente ha recibido hoy en plena cara, como un *boomerang*, el efecto de su anterior situación, cuando ordenó cerrar el paso a estas masas de invaluable hombres y materiales y decidió su entrega a la Unión Soviética. Es difícil que jamás en la Historia una sola decisión haya podido producir tan graves consecuencias. Sin la entrega de las zonas donde tenían los alemanas instaladas sus industrias químicas y atómicas, con todas sus fábricas y los hombres que las servían, se hace difícil pensar, en efecto, que, pese a haberse convertido en zona comunista una tan vasta extensión de la tierra, fuera tan crítica la situación hoy del mundo occidental. Pero tuvo que venir esa decisión final, tan incomprensible desde otro cualquier punto de vista, para despertar la inevitable sospecha de que toda la trayectoria histórica seguida en los últimos años, semejante a una conspiración contra Occidente, no había sido impulsada por fuerzas ciegas inevitables, sino por el concierto de unas mentes perfectamente conscientes de sus propósitos.

El dejar constancia de ello no tiene, por supuesto otro objeto que el de estimular la formación de un pensamiento contrario con arreglo al cual pueda todavía emprenderse una acción eficaz, capaz de desviar un minuto antes de las doce la trayectoria histórica hasta ahora seguida.

La reflexión más somera sobre la verdadera esencia del comunismo y las leyes de su dinámica interna nos llevan al convencimiento de la futilidad

de cualquier línea de conducta occidental inspirada en la esperanza de vencer por las buenas al mundo comunista, llegando a su actual posición de poder a favor de una implacable serie de asesinatos, torturas y opresiones, realizadas en una escala jamás conocida en otra época por la humanidad, ni en cantidad semejante ni en intensidad, para que modifique su actitud respecto al último obstáculo que se levanta en su camino. No van a sentirse más compasivos los comunistas con nuestro mundo que lo han sido con el suyo. Estamos en situación de guerra fría, se repite continuamente, y el hecho es desgraciadamente cierto e ineludible. Ha sido la consecuencia de nuestra locura al crear el imperio soviético primero, salvarlo de una inminente derrota después, extenderle sobre unas zonas vitales de Europa y otras extensísimas y densamente pobladas de Asia y entregarle finalmente todos los medios para convertirse en primera potencia nuclear del mundo. Si este inmenso poder quiere dominar lo que queda del planeta ocupado por nosotros—y es evidente que lo quiere, como consecuencia indeclinable de la propia ley de su dinámica interna—, será no menos evidente que sólo mediante el empleo de una energía equivalente para nuestra defensa a la empleada en su ataque, podremos fundar una esperanza de salvación. Todo lo que signifique aceptación del juego soviético estará de antemano condenado al fracaso. Tenemos que elaborar nuestro propio plan de acción, lo más amplio y comprensivo posible. Tenemos que revisar todo nuestro modo de pensar, toda nuestra línea política seguida hasta ahora y que nos ha conducido a la actual situación. Nunca se insistirá bastante en la necesidad de abordar los problemas con los que hoy nos encontramos enfrentados, con una mente lo más libre posible de prejuicios, en la necesidad de revisar todos los conceptos, todos los esquemas mentales con los que hemos operado hoy y que, repitámoslo una y otra vez, son los que nos han conducido hasta aquí. La necesidad de desarrollar hasta el máximo nuestra potencia militar con objeto de disuadir cualquier veleidad de agresión en este terreno debe constituir el primer corolario indeclinable de nuestra voluntad de supervivencia. El problema técnico, sobre el tipo de armas más necesarias, nucleares o convencionales, debe ser discutido y reexaminado cada día con la mayor atención. Dentro de este capítulo resulta por supuesto evidente la necesidad de tener al día la más completa información posible sobre las intenciones del enemigo, y a este respecto, la manera cómo ha sido tratado el incidente del «U-2» es un detalle más que revela nuestra absoluta inadecuación a las exigencias del momento. Todas nuestras declaraciones, todos nuestros comentarios de prensa, todas

nuestras alusiones al tema se han referido siempre al «avión espía». Se ha partido de la base de que el hecho en sí de volar sobre el territorio enemigo, del cual pueden partir en cualquier momento proyectiles atómicos en cantidad suficiente para causarnos millones de muertos y aniquilar todas nuestras posibilidades de defensa, con objeto de comprobar la inminencia o no de tal riesgo, era en sí un hecho ilícito. Operando con conceptos absolutamente inadecuados a las actuales realidades se ha dado un juego fácil al tratamiento soviético del incidente. Ni un momento se ha tenido en cuenta:

1) Que estamos en situación de guerra, guerra fría, pero guerra declarada por una serie de actos y manifestaciones del enemigo, y que, por consiguiente, es el derecho de la guerra y no el de la paz el que sería aquí aplicable.

2) Que en una guerra a nadie se le ocurriría censurar a un Estado Mayor que, en vez de enviar sobre el campo enemigo aviones de bombardeo enviara aviones con aparatos fotográficos, y que esto es lo menos que debe hacerse en una guerra fría.

3) Que la antigua norma del derecho internacional que hacía llegar la soberanía del espacio hasta el infinito es hoy completamente anacrónica, estando hoy en revisión el concepto, así como, por otra parte, admitido que la soberanía de los Estados no puede llegar más allá de los límites sobre los que de un modo efectivo pueden ejercer su acción, por lo que el hecho del vuelo de un avión como el «U-2» a una altura a donde no llegaban los proyectiles soviéticos, podría ser perfectamente defendible.

4) Que así considerado, el vuelo del «U-2» era un hecho nuevo no previsto en ninguna de las regulaciones antiguas, y que, por consiguiente, tenía que ser examinado a la luz de las actuales circunstancias.

5) Que si el adelanto de la técnica hubiera permitido en los momentos actuales sacar fotografías del suelo soviético desde el propio territorio de los Estados Unidos el hecho hubiera tenido la misma significación, sólo que poniendo más de relieve la falta de fundamentos de la protesta.

6) Que ya el adelanto de la técnica ha permitido el lanzamiento de satélites desde los que se han podido sacar las mismas fotografías que desde el «U-2», y así lo ha hecho la U. R. S. S.

7) Que es evidente que en las actuales circunstancias del mundo, en

el que cualquier Estado puede fabricar instrumentos capaces de infligir daños gravísimos a la humanidad, es absurdo pensar que puede existir un derecho al secreto de sus actuaciones y no un derecho a la investigación sobre ellas.

8) Que el hecho de que a pesar de todo ello se haya permitido a la U. R. S. S. erigirse en acusadora de los Estados Unidos con motivo de este incidente, y que la línea de los Estados Unidos haya sido puramente defensiva o, mejor aún, torpemente defensiva, y no de abierta impugnación de la actitud de la U. R. S. S., así como la unánime calificación occidental de «avión espía» al «U-2», dando con ello a entender que actuaba indiscutiblemente al margen del derecho vigente, revelan la absoluta desorientación del mundo occidental en un aspecto esencial de su defensa.

La aceptación del hecho de la guerra fría con todas sus consecuencias, necesidad de preparación militar en primer lugar, de una actuación política también que tiene que comprender los más múltiples y variados aspectos para utilizar hasta el máximo nuestros recursos espirituales y morales y poner de nuestro lado al mundo llamado no comprometido, no significa que se prevea como inexcusable la conversión de la guerra fría en caliente. Antes al contrario puede ser la única manera de evitarla, aunque significa la aceptación del riesgo de que pueda surgir. Este es el riesgo que acepta el mundo comunista. Es el que inevitablemente tenemos que aceptar nosotros si no optamos por la rendición sin condiciones.

Con la aceptación de este hecho de la guerra fría, no se agota el tema de la conducta que debe adoptar el Occidente en las actuales circunstancias. Existiera o no el bloque soviético, con sus actuales recursos de poder y sus propósitos de utilizarlos, siempre tendría el Occidente que mostrarse a la altura de las exigencias de la hora, caracterizadas por el crecimiento de la población mundial, el desarrollo de la técnica, el surgimiento de los nacionalismos asiáticos y africanos y la desigual distribución de materiales primos y recursos industriales. A la vista de todo ello no puede bastarle al Occidente con situarse en una posición puramente defensiva frente al embate del comunismo. Tiene que elaborar sus propias soluciones a todos esos problemas. Tiene que revisar todos sus conceptos económicos, jurídicos políticos y sociales para adaptarlos a las actuales coyunturas. Dentro de los grandes principios espirituales que constituyen la esencia de su ser tiene que recuperar una forma que ha parecido perdida en estos últimos tiempos.

Junto a ello, o mejor aún, con ello como premisa, deberá mantener

siempre abierta una negociación con los dirigentes comunistas. Siempre se ha hecho en todas las guerras entre países civilizados. Sólo en la pasada se rompieron estas normas y se cayó en la barbarie de exigir la rendición sin condiciones. Fué una exigencia de cuño típicamente comunista. La misma que los comunistas volverán a lanzar abiertamente al rostro del mundo occidental tan pronto crean encontrarse en condiciones para ello. Pero el mundo occidental, operando dentro de los principios que constituyen su auténtico ser, no puede jamás actuar así. La negociación, llevada a cabo con todas las garantías para considerarla como tal, y no una simple parte de la estrategia global del comunismo para llegar a la dominación mundial. La negociación podrá abarcar por supuesto los más múltiples y variados aspectos que perfilan la pugna entre el mundo libre y el mundo comunista. Desde el desarme nuclear y convencional hasta los últimos detalles de las relaciones políticas y económicas. Las puertas del mundo libre, por lo mismo que lo es, deben estar siempre abiertas a todo género de intercambios espirituales o materiales. Pero, entiéndase bien, vigilando bien lo que constituyen los puestos claves de mando desde los que se está dirigiendo la guerra. El no hacerlo significaría darla por perdida de antemano. En este sentido, lo mismo que todo Estado para subsistir tiene siempre unas leyes que protegen su seguridad, el mundo libre, mucho más amenazado actualmente que lo estuvo jamás ningún Estado del pasado tiene que coincidir en unos principios elementales de defensa. La infiltración de agentes comunistas o simpatizantes tiene que ser radicalmente suprimida. Pero es un hecho cierto, por desgracia, que esta infiltración se realiza hoy en gran escala lo mismo en esferas vitales para la formación de la opinión pública moderna, como son la prensa, la radio o el cine, que en los puestos más directamente ejecutivos de la política.

No hay que olvidar que dado el carácter absoluto de la lucha en que estamos empeñados y el juego posicional que en ella realiza la U. R. S. S., semejante al de un jugador de ajedrez a la espera de la progresiva acumulación de pequeños errores o simplemente jugadas débiles del adversario, todas nuestras pequeñas ideologías en pugna, incluso todos nuestros pequeños conflictos de intereses deben ser juzgados en función de su mayor o menor influencia en el resultado de la lucha final.

Esta consideración no debe ser nunca perdida de vista en el planteamiento de ninguno de estos problemas políticos, económicos o sociales. Desgraciadamente estamos muy lejos de hacerlo así. Cuando todavía circula, por ejemplo, como moneda corriente la opinión de que, en el fondo, la

reunificación de Alemania no es del todo deseable para los países occidentales, se sigue inconscientemente rindiendo culto a una de las tesis cardinales de la política soviética. Una Alemania unificada representaría, en efecto, el peligro mayor para el comunismo. El obstaculizarla o simplemente no favorecerla desde el punto de vista occidental, es una actitud por lo menos sospechosa.

Resumiendo lo expuesto y sin la pretensión de formular un plan completo de defensa, del que, por otra parte, existen numerosos esbozos en multitud de publicaciones, bastará aquí con sentar las siguientes afirmaciones:

1) La potencia militar debe ser mantenida en el más alto grado posible que permitan nuestras posibilidades, mientras no se haya llegado, tras una evolución favorable de las actuales circunstancias, a descartarse el riesgo, en el que evidentemente nos encontramos hoy, de una agresión militar del enemigo. Es un problema a resolver por los técnicos la medida en que deben desarrollarse los armamentos nucleares y los convencionales. Parece en principio evidente que los primeros, para mejor cumplir su misión «intimidante», deberán alcanzar la mayor dispersión posible en sus bases de lanzamiento. Esto obligará a una coordinada acción política entre todas las naciones de Occidente, bajo el principio que deberá inculcarse a todos de que la negativa a afrontar una parte del riesgo común aumenta éste en términos generales, y, por consiguiente, también para la nación que intentara escapar a él individualmente. Estamos, querámoslo o no, y *hayamos tenido o no la culpa en la gestación del actual estado de cosas*, metidos todos en un mismo barco, del que no cabe la huída individual. O se salva el barco o nos hundimos todos con él.

2) Las medidas militares no excluyen en modo alguno la necesidad de emplear todos los medios a nuestro alcance para hacer evolucionar la actual situación por medios no bélicos. La cuestión, sin embargo, es determinar cuáles son los medios que verdaderamente ofrecen razonables perspectivas de éxito y cuáles pueden ser inútiles o incluso contraproducentes. Todos los inspirados en motivos emocionales parece que pueden clasificarse entre los últimos. La negociación de la sonrisa, el brindis y la conferencia en la cumbre debe ser radicalmente dejada de lado. Es preciso convenirse de la existencia de unas leyes internas determinantes de la actual trayectoria histórica. Son los hombres, por supuesto, los que habrán de decidir su futuro curso, pero no por aquellos procedimientos. Son los expertos, los políticos, los intelectuales, los funcionarios de todos los órdenes

los que deberán conducir una negociación constante, preparada desde sus orígenes, continuarla por todas sus etapas, hacerla cada vez más múltiple e intensa. A esta negociación permanente, en la que todo problema debe tener su lugar, no hay que ir con la creencia de que un día, de golpe, se habrán resuelto todos los problemas. Los problemas no se resolverán jamás. Serán simplemente sustituidos unos por otros. Pero cada día pueden limarse las aristas al más acuciante si nos lo proponemos de verdad. En ese contacto permanente que debemos establecer con el mundo comunista acabará evidentemente alcanzando la supremacía el bando que se encuentre en mejor forma, el que tenga más ímpetu vital, el que esté designado por el destino para encarnar la historia. Esta es la prueba a la que no puede sustraerse hoy el Occidente. La cuestión está en no someterse a ella en forma que signifique la rendición por adelantado. Tras ello, la evolución histórica seguirá su curso inexorable. La coyuntura de mañana no podemos predecirla. La transformación interna del régimen soviético, que para muchos espíritus occidentales constituye la única esperanza de evitar la guerra, se producirá o no y en un sentido favorable o adverso. Las relaciones entre Rusia y China empeorarán o mejorarán, pero nada de esto afecta al problema que hoy tiene planteado el Occidente: el de demostrar que tiene las energías suficientes para sobrevivir en la actual coyuntura, que está a la altura de todos los problemas espirituales, políticos, económicos y sociales en que se manifiesta la gran crisis de la hora actual.

MARQUÉS DE VALDEIGLESIAS.

